

ANEXO G

RIVAS, 8 DE MARZO DE 1857

... Ese día será para mí por siempre memorable pues fue el día cuando me presentaron a Su Excelencia, el Presidente Walker. Me condujeron a presencia del menudo héroe, quien se sentaba en su sillón de Primer Magistrado, 'envuelto en la soledad de su originalidad misma', y, tras las frases de rigor y de que el General volviera a su asiento, experimenté la misma cadena de asociaciones mentales que desconcertaban a los campesinos de Goldsmith:

*"¿Y yo me pregunto y mi ser no lo sabe
Cómo en tal cabecita tanto cerebro cabe!"*

¡Allí estaba sentado! Un hombrecillo con faz de niño, peliblanco y cejiblanco, glaciales ojos grises, silencioso y de semblante inmutable, que lo hacen sumamente misterioso y enigmático aun para sus amigos más íntimos.

El elemento principal del poder e influencia de Walker sobre sus seguidores consiste en que adopta modales austeros. Narran una anécdota que ilustra esta peculiaridad suya, en relación a la famosa visita de Sir Robert McClure, comandante del barco de guerra *Esk* de Su Majestad británica.

A su arribo en San Juan del Sur, el oficial de Su Majestad, hondamente impresionado con el supuesto sentido del deber de "policía de los mares" formalmente le exigió la rendición al capitán Fayssoux, comandante de la goletita *Granada*, y si no acataba la orden, él (el oficial de Su Majestad) se vería en la penosa necesidad de darle el tratamiento de pirata a la goleta.

El pequeño pero pugnaz Fayssoux, sin embargo, no se dejó intimidar por la amenaza, y con modestia le aseguró al distinguido funcionario que, si se atrevía a tratar en esa forma a su goleta, él a su vez sencillamente echaría a pique a cañonazos al barco de guerra de Su Majestad.

Viendo que había despertado al pasajero equivocado, y concluyendo que la prudencia es la mejor parte del coraje, decidió propinarle el golpe a la cabeza de la pandilla y exigirle la rendición de la goleta al propio Presidente Walker. Para ello se dirigió a la sede del gobierno y en cuanto llegó fue a visitar a Su Excelencia.

Estaban apenas presentándose, antes de que el asombrado inglés pudiera enunciar una palabra sobre el asunto en cuestión, cuando Walker, con un aire de dignidad ofendida, le expresó —"Señor, ¡presumo que viene a ofrecirme disculpas por su inexcusable conducta hacia la goleta de guerra Granada!"

El oficial británico se quedó atónito; y viendo que había cogido un pez demasiado grande, con disimulada gracia zafó el cuerpo y ahí terminó el asunto.

Desde la primera entrevista observé otra peculiaridad notoria en ese pequeño-gran-hombre, la cual otros me han recalcado desde entonces con bastante frecuencia. Es la habilidad que tiene de 'sonsacar' las palabras de aquéllos con quienes platica, mientras él parece no decir nada.

Tras una breve conversación sobre temas generales, en la que casi sólo yo hablé, le entregué unas cartas que llevaba dirigidas a Su Excelencia y me despedí, saliendo a una atmósfera más cálida en la calle.⁴⁹²